

Atentar contra la tribuna es un crimen inveterado en su familia. El primer Bonaparte le había cometido ya, pero al menos lo que trajo para reemplazar en Francia aquella gloria era también gloria y no ignominia.

Mas Luis Bonaparte no se ha contentado con derribar la tribuna, sino que ha querido ridiculizarla. Al cabo y al fin es una hazaña como otra cualquiera y cosa natural para el que no sabe decir dos palabras seguidas, para el que es tartamudo de palabra y de inteligencia y tiene la inocencia ó el descaro de mofarse de Mirabeau.

Decía el general Ratapoil al general Foy:

—Cállate, charlatan!

Exclamaba Luis Bonaparte en cierta ocasión:

—Qué es la tribuna? es el "parlamentarismo".

Hé ahí de qué modo se enriquece el diccionario.

¡Ese académico de golpes de Estado también inventa palabras!

Y, en efecto, por eso es uno bárbaro, para sembrar de vez en cuando algún barbarismo.

Porque Bonaparte también es un sembrador, solo que su simiente no germina más que en el cerebro de los necios.

El tío tenía á los "ideólogos"; el sobrino tiene á los "parlamentaristas".

Parlamentarismo, señores míos! ¡parlamentarismo, señorías mías! Es la palabra que responde á todo.

Alguno de ustedes se atreverá á aventurar esta tímida observación:

—Sin duda debe ser repugnante que se haya arruinado tanta familia, deportado tantos hombres, proscripto tantos ciudadanos, llenado tantas parihuelas, abierto tantas fosas, vertido tanta sangre...

—Cómo! replica una voz ahuecada con acento holandés, ¿os condoleis acaso del "parlamentarismo?"

Salid de aquí!

El parlamentarismo es un magnífico hallazgo.

Doy mi voto á M. Luis Bonaparte para la primera vacante en el Instituto.

Qué! os extraña? ¡Es preciso elevar la neología!

Ese hombre que sale del osario; ese hombre que sale manchado de una horrible carnicería; ese hombre que tiene aun las manos humeantes de la sangre como un cortador, se rasca la oreja, sonrío é inventa voces como Julia de Angennes y mezcla la fragancia del pa-

lacio de Rambouillet con el perfume de Montfaucon.

Esto es muy raro.

Pero le votaremos los dos, ¿no es verdad, señor de Montalembert?

## II.

El "parlamentarismo", pues, es decir, la garantía de los ciudadanos, la libertad de discusión, la libertad de imprenta, la libertad individual, el registro del impuesto, la claridad en las entradas y los gastos, la cerradura de seguridad del Erario público, el derecho de saber lo que se hace de vuestro dinero, la solidez del crédito, la libertad de conciencia, la libertad de cultos, el punto de apoyo de la propiedad, el recurso contra las confiscaciones y los despojos, la seguridad del individuo, el contrapeso de la arbitrariedad, la dignidad de la nación, el esplendor de la Francia, las buenas costumbres de los pueblos libres, la iniciativa pública, el movimiento, la vida, en fin, ya no existe. Todo ha sido borrado, aniquilado, destruido, desvanecido.

Todo este rescate ha costado apenas á la Francia unos veinticinco millones, repartidos entre doce ó quince salvadores, y cuarenta mil francos de aguardiente por brigada.

Verdaderamente no es muy caro; han trabajado con bastante rebaja esos señores del golpe de Estado.

En el día todo está hecho perfecto y completo. La yerba brota en el palacio de Borbon; un bosque virgen comienza á crecer entre el puente de la Concordia y la plaza de Borgoña; por entre la maleza se distingue la garita de un centinela; el Cuerpo legislativo derrama su urna de agua en los cañaverales, corriendo luego con dulce murmullo al pie de esa garita.

En el día todo está terminado; la gran obra está completa.

Y los resultados de todo eso!...

¿Saben los franceses que hay señores particulares que han ganado casas en la ciudad y casas de campo, solo por el ferrocarril de circunvalación?

Ea, haced negocios, regalaos, llenad el estómago, porque no se trata ya de constituir un gran pueblo, un pueblo poderoso, una nación libre, un foco de luz. Francia no necesita ver más claro despues del maravilloso resultado que se ha obtenido.

La Francia vota á Luis Napoleon, engorda á Luis Napoleon, contempla á Luis Napoleon y admira á Luis Napo-

leon como una estúpida. Hemos llegado á la meta de la civilización.

En el día, eso sí, tenemos más ruido, más alboroto, más discursos, más parlamentarismo.

Como que el Cuerpo legislativo, el Senado y el Consejo de Estado son bocas cosidas.

Ahora no hay que pensar en poder leer por la mañana, al despertarnos, algún hermoso discurso.

Todo lo que pensaba, meditaba, creaba, hablaba, brillaba y deslumbraba en este gran pueblo ha perecido.

¡Franceses, sed dignos; levanta la cabeza! ¡Observad que no sois nada y que aquel hombre lo es todo! ¡En su mano tiene encerrada vuestra inteligencia, como el niño un pajarillo, y el día que le plazca dará un puñetazo al génio de Francia para tener un tumulto menos!

Entre tanto, repitámoslo á coro: ¡más parlamentarismo, más tribuna!

En vez de esas elocuentes palabras que dialogaban para enseñanza del mundo, y constituían una la idea, la otra el hecho, ésta el derecho, esotra la justicia, aquella la gloria, estotra la fé, tal la esperanza, cual la ciencia y alguna el génio, y que instruían, encantaban, tranquilizaban, consolaban, alentaban, fecundizaban; en vez de esas sublimes palabras, decimos, ¿sabéis qué es lo que se oye en medio de la tenebrosa noche que envuelve á la Francia? El ruido de una espuela que suena y de un sable que se arrastra por el suelo.

—Aleluya! exclama M. Sibour.

—Hosanna! responde M. Parisis.

—Oprobio y baldon! repiten los ecos.

## LIBRO SEXTO

### La absolución.

Los 7.500.000 votos.

## II.

No soñeis, nos dicen algunos; todos los hechos que calificais de crímenes son ya "hechos consumados", y por consiguiente respetables; están ya aceptados, legitimados y absueltos; todo lo que contra ellos declamais es inútil.

—¿Quién y por qué se han aceptado, legitimado y absuelto?

—Por medio de una votación.

—Por qué votación?

TOMO III.

—Por el sufragio universal de siete millones quinientos mil votos.

—Efectivamente; se ha dado un plebiscito y se ha verificado una votación y han hablado siete millones quinientos mil votos, ó lo que es lo mismo, quinientos electores han dicho que sí.

Vamos á ocuparnos de esto.

## III.

Un bandido detiene una diligencia en el recodo de un bosque.

Es el jefe de una cuadrilla de bandidos.

Los viajeros, aunque son más numerosos, no pueden defenderse, porque van separados, divididos en compartimientos y casi dormidos, y los ha sorprendido á media noche.

El bandido, valiéndose de tales circunstancias, ordénales bajar, no lanzar un grito, no decir una palabra y echarse boca á tierra.

Algunos resisten, pero una bala les hace saltar los sesos.

Los otros obedecen y se tienden en el suelo, mudos, inmóviles, aterrorizados, confundidos con los muertos y semejantes á los muertos.

El bandido, mientras que sus cómplices sujetan á los viajeros con el pié puesto en los riñones y la pistola sobre la sien, registra los bolsillos, fuerza las maletas y roba todos los objetos de valor; ya vacíos los bolsillos, las maletas forzadas y el golpe de Estado terminado, les dice:

—Ahora, para ponerme á salvo de la justicia, he escrito en un papel que vosotros reconocéis que me pertenece todo cuanto os he robado, y también que me lo concedéis todo de buena voluntad. Deseo que me lo escribais y firméis así. Se os vá á poner á cada uno una pluma en la mano; y sin decir palabra, sin hacer un gesto, sin dejar la actitud en que estais... (siempre boca abajo y con la cara en el lodo)... extendereis el brazo derecho y firmareis todos ese papel. Si alguien se mueve ó habla, aquí tengo la boca de mi pistola para que le conteste. Por lo demás, sois libres.

Los viajeros extienden el brazo y firman.

Terminada la operación, el bandido levanta la cabeza y dice:

—¡Tengo siete millones quinientos mil votos.

## III.

Luis Bonaparte es el jefe de dicha diligencia.

Recordemos algunos principios.

Para que un escrutinio político sea válido, se necesitan tres condiciones absolutas:

Primera: Que el voto sea libre.

Segunda: Que el voto sea válido.

Tercera: Que la cifra sea sincera.

Si falta alguna de estas tres condiciones, el escrutinio es nulo.

¿Qué será, pues, si faltan las tres á la vez?

Apliquemos las susodichas reglas.

Primera: *Que el voto sea libre.*

Cuál fué la libertad en la votacion del 20 de Diciembre, há poco que lo hemos dicho y expresado con una imágen de evidencia palmaria; por consiguiente, nos creemos escusados de añadir nada más.

Que cada uno de los que han votado mire en su interior y se pregunte bajo qué violencia moral y material ha depositado su papeleta en la urna.

Nosotros podríamos citar tal distrito del Yona, en donde de quinientos jefes de familia, cuatrocientos treinta fueron presos; los demás votaron que sí.

Podríamos citar tal distrito del Loiret, en donde de seiscientos treinta y nueve jefes de familia, cuatrocientos noventa y siete han sido presos ó expulsados; los ciento cuarenta y dos libres votaron que sí.

Y lo que decimos de Loiret y del Yona podríamos decirlo de los demás departamentos. Desde el 2 de Diciembre cada ciudad tiene su nube de espías; cada pueblo, cada lugar, cada aldea un delator.

Votar NO era la cárcel, era el destierro, era Lambessa.

En las aldeas de tal departamento se llevaban á las puertas de las alcaldías "acémilas cargadas con papeletas que decían sí," según nos refiere un testigo ocular, y los alcaldes, custodiados por guardas rurales, las repartían entre los aldeanos. Era preciso votar. En Savigny, cerca de San Mauro y en la misma mañana de la votacion, varios gendarmes entusiastas declaraban que el que votase NO, no dormiría en su casa.

La gendarmería condujo á la cárcel de Valenciennes al juez de paz suplente del canton de Bouchain, M. Parent hijo, por haber escitado á los habitantes de Avesne-le-Sec á que votasen que NO.

El sobrino del representante Aubry (del Norte), que habiendo visto distribuir á los agentes del prefecto en la plaza mayor de Lille papeletas que decían sí,

vino á esta plaza á la mañana siguiente y distribuyó papeletas que decían NO, fué detenido y encerrado en la ciudadela.

En cuanto á la votacion del ejército, una parte ha votado por su propia causa; la otra ha tenido que seguir la corriente; y en cuanto á la libertad de esa votacion, oigamos hablar al ejército mismo.

Hé aquí lo que escribió un soldado del 6.º de línea, mandado por el coronel Garderens de Boisse:

"Con respecto á la tropa, la votacion no fué más que una revista. Los sargentos, los cabos, los tambores y los soldados, colocados por orden de lista, eran llamados por el furriel en presencia del coronel, del teniente coronel, del comandante y de los oficiales de la compañía, y á medida que cada uno de los llamados respondía: *Presente*, su nombre era inscrito por el sargento mayor, y el coronel decía, frotándose las manos:—"A fé mia, señores, que esto vá como sobre ruedas."

"Cuando un cabo de la compañía á que pertenezco se acercó á la mesa en donde estaba el sargento mayor, y le suplicó le dejara un momento la pluma para inscribir él mismo su nombre en el registro que decía NO y que debia quedar en blanco, gritó el coronel:

"—Cómo! ¿Usted que está indicado para furriel y que será ascendido en la primera vacante, desobedece formalmente á su coronel en presencia de toda la compañía? ¿Y si al menos esta desobediencia no fuera más que un acto de insubordinacion! Pero ¿no sabe V., desgraciado, que con su voto reclama la destruccion del ejército, el incendio de la casa de su padre y el aniquilamiento de la sociedad entera? ¿Quiere V. tender la mano á la crápula?"

"El pobre diablo pensó mejor y dejóse inscribir del mismo modo que todos."

Multiplicad el coronel por seiscientos mil y obtendreis la presion ejercida por los funcionarios de toda especie: militares, políticos, civiles, administrativos, eclesiásticos, judiciales, aduaneros, municipales, escolares, comerciales y consulares, en toda Francia sobre el soldado, el propietario y el aldeano. Añadid, como lo dejamos indicado más arriba, el falso jacobinismo comunista y el verdadero terrorismo bonapartista; el gobierno pesando con su fantasmagoría sobre los débiles y con la dictadura sobre los re-

calcitrantes, y agitando los dos espantos á la vez.

La votacion del 20 de Diciembre ha atrofiado el honor, la iniciativa, la inteligencia y la vida moral de la nacion. La Francia ha ido á esa votacion como las reses van al matadero.

Sigamos.

Segunda: *Que el voto sea válido.*

Hé aquí un principio elemental. Allí donde no haya libertad de imprenta no puede haber voto. La libertad de imprenta es la condicion *sine qua non* del sufragio universal. Todo escrutinio verificado en la ausencia de la libertad de imprenta es nulo.

La libertad de imprenta entraña, como corolarios necesarios, la libertad de reunion, la libertad de publicación, la libertad de propagacion y todas las libertades que engendra el derecho, preexistente á todo, como es el de enterarse antes de votar.

Votar es gobernar; votar es juzgar.

¿Puede alguien figurarse un piloto que ignore el manejo del timon? ¿Puede alguien figurarse un juez sordo y ciego?

Libertad, pues, libertad de enterarse por todos los medios, por la investigacion, por la palabra, por la discusion. Tal es la garantía expresa y la condicion de ser del sufragio universal.

Para que un acto tenga validez debe hacerse con conocimiento de causa; sin luz no puede verse lo que se hace.

Fuera de estos axiomas, todo es nulo por sí mismo.

Ahora bien; M. Bonaparte, en su escrutinio del 20 de Diciembre, ¿obedeció á dichos axiomas? ¿Llenó las condiciones de la prensa libre, de las reuniones libres, de la tribuna libre, de la publicacion libre, de la propaganda libre y de la investigacion libre?

Una inmensa carcajada salida del Eliseo responde á todo esto.

¿Luego vosotros os veis obligados á venir en esto, como en todo, que habeis hecho practicar el sufragio universal de esta manera!

Cómo! yo no sé nada de lo que ha pasado. Si se ha matado, degollado, ametrallado, asesinado, lo ignoro. Si se ha secuestrado, torturado, expulsado, desterrado y deportado, apenas me he dado cuenta de ello.

El alcalde y el cura de mi pueblo me dicen que aquella gente que llevan atada con cuerdas ha sido condenada por la justicia.

Yo soy un pobre aldeano que cultiva

un rincon de tierra en el fondo de una provincia, á quien se ha hecho atar sin saber que estaba suprimido el periódico, sofocadas las revelaciones y atajada la verdad en su camino. Pero ahora lo comprendo todo.

El que me dijo en medio de la noche más profunda, á tientas, y salido bruscamente de la sombra sable en mano, VOTA, llama á esto escrutinio!...

Y en efecto, un escrutinio "libre y espontáneo," dicen las hojas del golpe de Estado.

En esa votacion tuvieron lugar todos los chanchullos. Un alcalde de aldea, especie de Escobar silvestre, decía en campo raso á sus aldeanos:—"Si votais sí, votais por la República; si votais NO, votais contra la República."

Los aldeanos votaron sí.

Examinemos otro de los aspectos de esa torpeza que se llama "el plebiscito del 20 de Diciembre."

Cómo se planteó la cuestion? ¿Ha habido elección posible? ¿Habíase (y esto era lo menos que debió hacer un hombre partidario del golpe de Estado en el extraño escrutinio que lo ponía todo en cuestion), habíase abierto, decimos, á cada partido la puerta por donde pudiesen entrar sus principios? ¿Se permitió á los legitimistas volver el rostro hácia su príncipe desterrado y hácia el honor antiguo de las flores de lis? ¿Permitióse á los orleanistas volver el rostro hácia aquella familia proscripta, que honran los esforzados servicios de dos soldados, MM. de Joinville y de Aumale, y que ilustra un alma tan grande como la de la señora duquesa de Orleans? ¿Habíase ofrecido al pueblo (que no es un partido, que es el pueblo, es decir, el soberano), habíasele ofrecido, repetimos, esa república verdadera, ante la cual se desvanece toda monarquía, como la noche se desvanece ante el dia; esa república, que es el porvenir evidente é irresistible del mundo civilizado; la república sin dictadura; la república de concordia, de ciencia y de libertad; la república del sufragio universal, de la paz universal y del bienestar universal; la república iniciadora y libertadora de las nacionalidades; la república que, despues de todo y por más que se haga, "tendrá," como en otra parte ha dicho (1) el autor de este libro, "la Francia mañana y pasado mañana la Europa?"

Ofrecióse todo eso? No.

(1) *Misceláneas literarias y filosóficas*, 1830.

Hé aquí cómo presentó la cuestión M. Bonaparte: hubo en ese escrutinio dos candidatos: primer candidato, M. Bonaparte; segundo candidato, el abismo. Francia tuvo que escoger.

Admira la astucia del hombre y también su humildad.

¿A quién direis que M. Bonaparte presentó como antagonista en esta ocasión?

A M. de Chambord? No.

A M. de Joinville? No.

A la República? Tampoco.

M. Bonaparte, como las lindas criollas que hacen resaltar su hermosura por medio de alguna horrible mujer hotentote, tomó por competidor en esa elección un fantasma, una visión, un socialismo de Nuremberg con dientes y uñas y una áscua en cada ojo; el ogro del Petit-Poucet, el vampiro de la Porte-Saint-Martin, la hidra de Terameno, la gigantesca serpiente de mar del *Constitucional*, que los accionistas tuvieron la galantería de prestarle; el dragon del Apocalipsis, la Tarasca, la Gra-ouilli, un trago, un espantajo.

Ayudado de un Ruggieri cualquiera, M. Bonaparte hizo sobre ese monstruo de carton un efecto rojo de luces de Bengala, y dijo al votante aterrorizado: "No hay más que ese ó yo, escoged".

Y luego añadió: "Elegid entre la bella y la fiera; la fiera es el comunismo, la bella es mi dictadura.

"Escoged, no hay nada mejor.

"O la sociedad por tierra, tu casa destruida, tu granja saqueada, tu vaquería robada, tus campos confiscados, tu mujer violada, tus niños asesinados, tu vino bebido por otro, tú mismo comido vivo por esa boca horrible, ó yo el emperador.

"Escoged: yo ó el espanta-niños."

El propietario, espantado, y por consiguiente niño; el aldeano, ignorante, y por consiguiente niño, prefirieron M. Bonaparte al espanta-niños. Ahí está su triunfo.

Digamos, sin embargo, que de diez millones de votantes, parece que quinientos mil hubieran preferido el espanta-niños.

Después de todo, M. Bonaparte no tuvo más que siete millones quinientos mil votos.

Ahora bien; á una votación tan libre como se vé, tan recta como se vé, es á lo que M. Bonaparte tiene la bondad de llamar el sufragio universal ha votado. Votado, á quién?

La dictadura, la autocracia, la esclavitud, la república despótica, la Francia pachálica, las cadenas en todas las manos, la mordaza en todas las bocas, el silencio, la abyección, el miedo y el espionaje, alma de todo.

Se ha dado á un hombre, á M. Bonaparte, la omnipotencia y la omnisciencia; le han constituido en el supremo constituyente, en el legislador único, en el alfa del derecho y en la omega del poder.

Se decretó que es Minos, que es Numa, que es Solon, que es Licurgo.

Encarnóse en él el pueblo, la nación, el Estado, la ley. Y por cuánto tiempo? Por diez años!

Cómo! ¿Votar, yo ciudadano, no solo mi infortunio y mi abdicación, sino la abdicación, por diez años, de generaciones nuevas, del sufragio universal, y sobre las cuales yo no tengo derecho alguno; sobre las cuales tú, usurpador, me obligas á usurpar lo que por tí solo bastaría para anular ese monstruoso escrutinio, si todas las nulidades no estuviesen ya en él amontonadas, agrupadas y amalgamadas?

A eso quieres obligarme!

Qué abominable sarcasmo!

Hé ahí la votación de 20 de Diciembre, esa sanción, como dice M. de Morny; esa absolución, como dice M. Bonaparte.

Verdaderamente, de aquí á poco tiempo, tal vez dentro de un año, de un mes, ó quizás dentro de una semana; cuando todo lo que vemos en este momento háyase desvanecido, se tendrá alguna vergüenza de haber fraguado esa infame ficción del sufragio, que se llama el escrutinio de los siete millones quinientos mil votos, y la honra de haberla discutido.

Esta es, sin embargo, la única base, el único punto de apoyo y la única muralla defensiva del poder prodigioso de M. Bonaparte.

Tal votación es la excusa de los cobardes, tal votación es el escudo de las deshonradas conciencias.

Generales, magistrados, obispos; todos los crímenes, todas las prevaricaciones, todas las complicidades, ocultan su ignominia detrás de esa votación.

La Francia habló, dicen ellos; *Vox populi, vox Dei*; el sufragio universal votó; todo lo salvó el escrutinio.

Esc es una votación? ¿Eso es un escrutinio? Escupamos y pasemos de largo!

Tercera: *Que la cifra sea sincera.*

Admiro esa cifra, 7.500.000. ¡Ha debi-

do hacer buen efecto al través de la neblina del 1.º de Enero, en letras de oro de tres pies de alto, sobre la fachada de Nuestra Señora!

Repito que admiro esa cifra. ¿Y sabéis por qué? Porque la encuentro humilde. 7.500.000!

Por qué 7.500.000? Esto es muy poco. Nadie escaseó á M. Bonaparte el número que requería.

Después de lo que había hecho el 2 de Diciembre, tenía derecho á algo mejor que todo eso. Y en verdad, ¿quién le hubiera regateado? ¿Quién le impedía meter ocho millones, diez millones, una cifra, en fin, redonda?

En cuanto á mí, confieso que he sido engañado en mis esperanzas, pues contaba con la unanimidad.

Señor golpe de Estado, es usted muy modesto. Todo cuanto acabamos de recordar ó referir se ha realizado. Se ha prestado un juramento al cual se ha faltado; el que era guardian de una Constitución, la ha destruido; el que era servidor de una República, la ha vendido; el que era el presidente de una Asamblea soberana, la dispersó con violencia; se hizo de la consigna militar un puñal para asesinar el honor militar; se ha servido de la bandera de Francia para enjugarse el lodo y la vergüenza; se han puesto esposas á los generales de Africa; se ha hecho viajar á los representantes del pueblo en coches celulares; se han llenado Mazas, Vincennes, el monte Valerio y San Pelagio de hombres inviolables; se ha arcabuceado á boca de jarro en la barricada del derecho al legislador revestido con la banda, signo sagrado y venerable de la ley; se han dado á tal coronel, que nosotros podríamos nombrar, cien mil francos para hollar el deber, y á cada soldado diez francos por día; se han gastado en cuatro jornadas cuarenta mil francos de aguardiente por brigada; se ha cubierto con el oro de la banca la alfombra del Elíseo, y se ha dicho á los amigos: "Tomad! ¡Tomad cuanto queráis!". Han matado á M. Adde, á Belval, á Debacc, á Sabilte, á De Couvercelle, á Maupelas y á M. Thirion de Montauban en sus casas; se ha asesinado en los boulevares y en todas partes, fusilado donde quiera y á quien quiera; se cometieron infinidad de asesinatos, de los que solo han confesado ciento noventa y nueve. Se ha hecho todo eso; cambiado los recipientes de agua de los árboles en cubetas llenas de sangre, derramado la sangre del hijo con la sangre de la ma-

dre, mezclando una y otra con el vino Champagne de los gendarmes; y después de tanta infamia, cuando se le pregunta á la nación si está contenta, ¡solo contestan que sí siete millones quinientas mil voces!

Eso es una injusticia en portarse mal con el que se consagró á la salvación de la sociedad.

Oh, ingratitud de los pueblos!

¡Todavía han contestado tres millones de bocas que no!

¿Quién es, pues, el que decía que los salvajes del mar del Sur llamaban á los franceses los *si-sí*?

Hablemos con seriedad, porque la ironía no es propia de asuntos trágicos.

Héroes del golpe de Estado, nadie cree en vuestros siete millones quinientos mil votos.

Confesad en un rasgo de franqueza que sois todos muy ladinos y que sabéis hacer trampas; porque en verdad, en vuestro balance del 2 de Diciembre contais muchos votos... y muy pocos cadáveres.

7.500.000! Qué cifra es esa? ¿De dónde viene? De dónde sale? ¿Qué queréis que hagamos de ella?

Siete millones, ocho millones, diez millones; qué importa! Todo os lo concedemos, pero lo dudamos.

Teneis los siete millones más los quinientos mil; es decir, la cifra redonda más el pico, y esto tú lo dices, príncipe: tú lo afirmas, tú lo juras; pero ¿quién lo prueba? ¿Quién los ha contado? Baroche. ¿Quién hizo el escrutinio? Rouher. ¿Quién hizo el registro? Pietri. ¿Quién sumó? Maupas. ¿Quién comprobó? Troplong. ¿Quién proclamó? Bonaparte.

Es decir, que la bajeza contó; la necesidad hizo el escrutinio; la truhanería registró; la fealdad sumó; la venalidad comprobó, y la mentira proclamó.

Soberbio!

Con esto Bonaparte sube al Capitolio; ordena á M. Sibour dar las gracias á Júpiter; que vista librea azul y oro el Senado; otra azul y de plata el Cuerpo legislativo; otra verde y oro su cochero; pone la mano sobre su corazón y declara que es el resultado del "Sufragio universal", y que su "legitimidad", ha salido de la urna del escrutinio.

Eh, señor mio! ¡Esa urna fué un cubilete de prestidigitador!

—v—

Declarémoslo, pues, declarémoslo explícitamente: en el 20 de Diciembre de